



Calidad de la educación en medio de la pobreza / Movimiento Pedagógico.— Lima: Movimiento Pedagógico, 1993.— 104 pp.

Quisiera compartir mi reflexión sobre cuatro puntos. El primero tiene que ver con calidad y pobreza. Tradicionalmente, en nuestra cultura, la calidad no ha estado ligada a situaciones de pobreza. Decir pobre era la antesala para decir «de medio pelo» en lo que hace. Y difícilmente hemos creído que del mundo de los sectores más deprimidos, podían venir cosas de calidad porque, como se suele decir, a los que están «misios», los que no tienen, lo único que les queda es tener buen corazón, ser «buena gente». Pero entre ser «buena gente» y tener calidad hay un buen salto, creo yo.

¿Cuántas veces hemos oído a colegas que por primera vez iban a hacer su trabajo como docentes en el mundo popular, decir: «la gente del pueblo es buena»? Pero difícilmente hemos oído decir: «en lo que hacen tienen una calidad que es envidiable, de la que podríamos nosotros aprender y tomar fuerza e imaginación».

Creo que hemos tendido a valorar lo subjetivo, lo humano, y con mayor dificultad aceptamos que técnica y científicamente habían dimensiones que podíamos recoger, de lo que llamamos calidad.

Por eso siento que el título del libro es bueno y es ambiguo. Porque al relacionar en frío calidad y pobreza se puede fácilmente correr el riesgo de creer que se obtendrá calidad sin luchar para cancelar las pobreza que de todas maneras afectan niveles de calidad y posibilidades de seguir compitiendo con las mismas oportunidades con los que tienen más y mejores recursos y pueden hacer y proponer sus cosas.

Creo que entre calidad y pobreza no puede haber ninguna complacencia; no puede haber excusa para pensar que «las cosas buenas que tiene el pueblo, que tienen los pobres», las cosas de calidad que ellos producen, se pueden seguir haciendo por siempre sin necesidad de tocar las condiciones de deterioro, de empobrecimiento en las cuales están sumidas las clases populares. Si bien el texto recoge esta relación a veces contradictoria —o en todo caso dialéctica, como se suele decir (como si lo dialéctico solucionara todo)— nos debe llevar a pensar que quienes han participado en este debate han manifestado, también con la misma convicción, que hay que apuntar hacia la calidad como una manera de levantar y poner fuerza en el proyecto de los sectores populares. Esto no se condice con ninguna complacen-

cia frente a las diversas pobreza en las que estamos sumidos.

Por eso es que la educación, y ese es el mensaje fundamental aquí, no puede tomar como excusa (los educadores tampoco lo podemos tomar como pretexto) las condiciones de privación en las que viven las mayorías de este pueblo, para decir que la calidad será para después y que ahora hay que contentarse con lo poco que se pueda hacer, con la buena voluntad que se pueda tener.

Esto sería en el fondo una concesión a una cultura de la mediocridad, a creer que el horizonte de la sobrevivencia puede ser un ideal que satisfaga a quienes creemos que nuestro país, no tiene por qué tener como horizonte histórico ni la sobrevivencia, ni la mediocridad en las cosas que se hacen. Y no podemos esperar para las calendas griegas —cuando hayan más de estas formas acumulativas y de múltiples expresiones de las pobreza— para decir que entonces si el discurso de calidad tiene cabida, tiene objetividad y base material.

La educación —nosotros lo sabemos— es constructora de calidad en la medida en que esté centrada en los sujetos, en que su pasión fundamental sean las personas y los actores sociales concretos. No hay pues una relación mecánica entre las condiciones de vida y la búsqueda de calidad y de seriedad en la tarea educativa.

En otros ambientes se habla de la perfección en lo que hay que hacer, de lo serio y correcto de lo que se plan-

tea. Cualquiera de estas palabras apunta a una cosa: que el proyecto que traemos entre manos, como educadores del mundo popular, llegará a ser inspirador del conjunto del tejido social y de la nación sólo si tiene capacidad de ser superior a lo que se nos ofrece normalmente.

Creo, entonces, que el título –más allá de las ambigüedades a las que podría prestarse– quiere recoger esta tensión: no estamos dispuestos a renunciar a la calidad como objetivo fundamental en un proyecto histórico, ni queremos tampoco ser complacientes con las pobreza que nos azotan.

Por eso es que con razón se dice que esta categoría, este concepto de calidad está en construcción, es casi el resultado de muchas dimensiones que van configurando algo que llamamos «mejor calidad que lo que hicimos antes»; pero no podemos tampoco ver nuestros productos y nuestros logros como cierres de la historia, como si no hubiera posibilidades de hacerlo mejor o hacerlo de manera distinta.

Quisiera, en mi segundo punto, relacionar creatividad y calidad. La capacidad de imaginación (creo que es esto lo que encontramos en los sectores populares: una fuerza imaginativa impresionante) nos plantea el reto de trasformarla en búsqueda apasionada de la vida. Cómo hacer que esto pue-

da ser realmente acogido por los niveles de organización y de expresión orgánica en la sociedad; cómo hacer que esto pueda fecundar una propuesta de proyecto, y no quedarnos en ver la imaginación como una especie de calidad que encontramos en la gente, que la podemos alabar pero que no termina de encontrar cauces para transformarse, más allá de lo específico y de lo concreto, en propuestas que inspiren a otros.

No podemos hablar de calidad si no hay en toda propuesta educativa una intención directa de hacer de estos actores sociales, actores con capacidad creativa. Ello nos exige combatir todo lo que nos pueda llevar a horizontes de chatura, porque las condiciones en que vivimos también nos empujan a cierto pragmatismo y a rebajar nuestras aspiraciones.

No puede haber creatividad sin un sentido y un discurso que incorpore la dimensión utópica trabajo educativo. Si los educadores renunciamos a la dimensión de utopía, a la capacidad y a la posibilidad de que las cosas se transformen, y nos rendimos ante la evidencia y las limitaciones de lo que se nos impone, hemos «sonado». Porque qué cosa es la educación sino apostar a la posibilidad de formar sujetos y actores sociales con capacidad de dar sentido a la vida sobre este planeta. Y es tanto más fuerte cuanto más

evidentes son los signos de deterioro en la sociedad y en las propuestas que se nos hacen.

Por eso que hablar de proyecto educativo y de proyecto nacional y no ser consciente de que la tarea educativa forma parte de una corriente que hace de la dimensión utópica un eje articulador de su discurso político, de su discurso ético, de su discurso social y de su discurso cultural, me parece que es cerrarnos el camino a la posibilidad de calidad.

Es precisamente la dimensión ética la que nos hace pensar que la calidad tiene que ver con la dirección en que se están dando las propuestas; y si esta dirección la tenemos que cuestionar desde sus implicaciones técnicas, desde sus presupuestos políticos e ideológicos, es porque en el fondo tenemos ojos y tenemos corazón para sentir que ahí hay algo ético que no camina. Nuestras propuestas deberán ser también éticamente de calidad superior. Este es el segundo aspecto respecto a la creatividad.

Un tercer aspecto que me parece crucial para hablar de calidad y de creatividad es un concepto griego sumamente importante: la poiesis, que es simultáneamente producción, trabajo, técnica, tecnología, y capacidad de entender el por qué de las cosas que estamos produciendo. Es filosofía, en ese sentido, pero sobre todo es estética y es poética.

Entonces, el trabajo intelectual y manual es elemento fundamental de creación porque no hay creatividad sino como expresión de trabajo y de producción. En el sentido poético está ligado no solamente a la relación capital-trabajo y a la relación de la tecnología ciencia, sino que a eso le añade el sentido ético, el sentido filosófico, el sentido poético, el sentido estético; todo eso se aprisiona en esa expresión.

Un tercer elemento de reflexión tiene que ver con la calidad en la educación y el espacio público. Estamos en



una coyuntura en la que se nos dice que no nos preocupemos tanto, que la escuela pública no va a desaparecer. Pero lo público debemos defenderlo como el espacio del protagonismo de la sociedad civil y de las organizaciones populares; lo público no es el espacio del Estado exclusivamente; es el espacio al que los movimientos sociales, las organizaciones sindicales y las organizaciones populares de base deben apuntar para ejercer su protagonismo, para que una vez más calidad no sea sinónimo de lo particular y de lo privado.

Creo que ese es el reto mayor que enfrenta el gremio, que enfrenta el movimiento pedagógico y que enfrenta en general la sociedad civil: no dejarse quitar el protagonismo sobre el espacio público.

Y un cuarto y último elemento calidad de la educación y educador de calidad son dos asuntos sumamente importantes. Todos estamos, felizmente, en condiciones de ser mejores porque aprendemos cada día. De ahí la importancia de la formación de los maestros como una exigencia de calidad en nuestra propia función, nuestra propia identidad y de nuestra vida cotidiana como educadores.

En otras palabras: hablar de pobreza y de deterioro en lo social, en lo político, en lo cultural y al mismo tiempo querer afirmar calidad en lo educativo, tiene un presupuesto fundamental. Quiere decir que los educadores somos de tal nivel de calidad moral, espiritual y científica que no obstante las maldiciones de todas las formas de pobreza –porque no hay pobreza que pueda ser bendita– somos capaces de seguir apostando por y apuntando hacia la calidad de la vida de aquellos con quienes trabajamos.

He ahí un reto que es fundamental y marca los tiempos de revisión de nuestras prácticas políticas, de nuestras organizaciones sociales, de nuestros propios proyectos y paradigmas. Son tiempos en que emerge con mayor fuerza la necesidad de preguntarnos

por la calidad espiritual del educador. Espiritual no en el sentido de torcer los ojos y mirar para arriba, como carnero ahogado, sino espiritual en el sentido del cultivo de lo más profundo y de lo más rico que cada ser humano tiene: su inteligencia, su sensibilidad, su afectividad, su capacidad de creer y apostar por la vida.

Creo entonces que ahí los maestros estamos también llamados a contribuir en una inversión que no es prioritaria en los esquemas económicos: invertir tiempo, invertir mucho esfuerzo intelectual, estudio y preparación personal para construir el sentido de solidaridad y de justicia en las nuevas generaciones, para cultivar el sentido de la alegría que empieza a desaparecer de muchos rostros, para seguir creyendo que todavía es posible y es gobernable la vida en el país, gobernable en el sentido que se puede dar una autodirección. Debemos apostar por que un discurso, un debate sobre calidad educativa, no obstante las condiciones de pobreza, signifique la posibilidad de seguir apostando por lo más profundo y lo más rico que como educadores tenemos. Y ahí viene el reto que han planteado los compañeros Cáceres y Julio Mendoza: cómo el movimiento pedagógico puede ser un movimiento de calidad y no sólo una estructura, no sólo una referencia. Y esto creo que es importante que nos lo planteemos quienes estamos en el

movimiento pedagógico, para que realmente podamos ser portadores de esta inquietud que no es sólo de los maestros sino que es también una inquietud sembrada hoy por las corrientes neoliberales. Cómo nosotros podemos darle a esta expresión todo el contenido y toda la sabiduría, toda la fuerza y toda la inspiración que viene de creer que los sectores populares, los niños, las niñas, los adolescentes y los jóvenes con quienes trabajamos tienen aspiraciones que van mucho más allá del sueldo, de los atractivos con los cuales hoy se les quiere hablar de su propio futuro.

Yo creo que en ese sentido este texto, que recoge un debate y un intercambio de experiencias, no hace sino acrecentar el desafío que se plantea el movimiento pedagógico para seguir contribuyendo con los maestros de este país, en particular con los maestros organizados sindicalmente, a que la calidad educativa pueda ser una contribución a la calidad de vida en el país y pueda ser el reflejo de nuestra voluntad de no ser nunca complacientes con aquello que miserabiliza al pueblo o que golpea su dignidad.

Alejandro Cussiánovich

Educador,
Director del Instituto de Pedagogía Popular.

